

Entrevista a Pablo Alabarces

La leyenda (todavía) continúa

Pablo Alabarces es Doctor en Sociología por la Universidad de Brighthon, Sussex, Inglaterra y Profesor Titular del Seminario "Cultura Popular" en la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires. Es autor de *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina* (Prometeo, 2002), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (Clacso, 2003), *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política* (Capital Intelectual, 2004) y *Resistencias y Mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, junto con María Graciela Rodríguez (Paidós, 2008).

Las contingencias que marcan y guían el debate de la comunidad académica en el campo de la Comunicación son generadas, directa o indirectamente, por distintos *episodios* –recurrentes, por cierto– sucedidos en los diferentes campos del espacio social. Por un lado, se empeñan en otorgar materiales para pensar en la desigual distribución de los capitales en juego y, a su vez, nos *preocupan*. Pero esta preocupación, por supuesto, tiene que ver con una marca política y de tradiciones dentro del campo de la Comunicación (o por lo menos en el momento de construir la estabilidad epistemológica e institucional necesaria, durante la década del ochenta), al vincular toda la problemática de lo social, con la cultura/comunicación.

Cuando revivimos las tradiciones es casi inevitable volver al debate sobre *lo popular*, y en ese ejercicio advertimos y problematizamos la desaparición –progresiva, desde fines de los setenta– de los estudios sobre culturas populares en las agendas de investigación. Sin duda, esta ausencia en los programas de exploración académica reviste al debate de un carácter polémico y moviliza –o por lo menos debería– el análisis hacia las propias prácticas académicas. Es decir, nos *empuja* –por su-

puesto que sujetos al marco de una gran aldea académica– a la reflexión y a predisponer nuevamente el foco hacia las viejas/nuevas preguntas fundamentales: ¿Para qué investigamos? ¿Para quién? ¿Cuál es la decisión política sobre los materiales? Y de esas preguntas, subyacentes del debate, podrían surgir algunos posibles alegatos que permitirían sostener nuestra posición e intervención dentro del campo: la decisión de repensar lo popular nos devolvería el carácter ideológico, de tradición, de intervención y compromiso que, supuestamente, nos identificaría con algún estatuto del comunicador o comunicólogo.

El problema se va tejiendo y resulta cada vez más complejo, cuando retomamos las pistas para leer, pensar y nombrar *lo popular*. Porque la pregunta común, desde Carlo Guinzburg y Michel De Certeau, parece sugerirnos y complicarnos la aventura. ¿Se puede abordar lo popular fuera del gesto que lo suprime? Este interrogante tiene su correlato en el dilema de seguir preguntándonos si lo popular existe fuera de las condiciones de supresión de la cultura dominante, que nos orienta a reflexionar, justamente, sobre la dimensión del que domina y de lo do-

minado. Dimensión que definitivamente existe y la vemos –traducida por académicos e intelectuales– en la intervención analítica de la compleja trama cultural que se alimenta e intenta ser simplificada –y en consecuencia, adelgaza su espesor– por los embates reduccionistas, fáciles y deslegitimadores que amenazan, desde la vida cotidiana y los medios, al grueso y difícil cuerpo cultural. Para esto, se vuelven necesarios los cuidados y sugerencias al momento de, como diría Pierre Bourdieu (2008), “desgarrar la trama de relaciones que se entreteje continuamente en la experiencia”¹, y problematizar el ingreso al campo por parte del investigador, advirtiendo la tan citada y necesaria vigilancia epistemológica. Porque, de todos modos, estaríamos hablando en nombre de lo subalterno, le estaríamos *poniendo la voz*.

Este dilema englobaría una preocupación central: el problema de cómo. La pregunta sobre cómo abordar la cuestión de lo popular remitiría al problema de las técnicas que permiten indagar *lo popular* sin obturar, negar o silenciar sus representaciones y sus prácticas. Muchos ejemplos de exploración nos permiten deducir que hay posibles vericuetos donde poder leer los pliegues de lo popular entre la cultura hegemónica.

Pablo Alabarces, obstinado investigador de las culturas populares en Argentina, recorrer y piensa desde hace más de veinte años las pautas culturales de los públicos subalternos que obligan al campo a devolverle el sentido a las preguntas por el poder, la hegemonía y los desniveles culturales que se estructuran y reestructuran en la relación Estado-Sociedad Civil. A cinco años de su artículo “La leyenda continúa”, publicado en la revista *Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura*, la propuesta es **volver a pensarlo todo**².

Oficios Terrestres: Desde aquel artículo de 2004, ¿cambió algo de la agenda de investigación? ¿Hubo alguna inclusión relativa del tema/problema cultural popular?

Pablo Alabarces: Sí, pero desde la antropología. Dos libros, el de Pablo Semán, *Bajo continuo* y el de Semán con Daniel Míguez, *Entre santos, cumbias y piquetes*, se posicionan explícitamente en ese lugar³. A mi entender constituyen la novedad bibliográfica más importante y por ese lado se podría decir que hay un nuevo punto en la agenda.

O.T.: Lo que significa un gran logro...

P.A.: Absolutamente, y aunque disiento con muchas de las cosas que se plantean en el libro de Semán y Míguez estamos en diálogo permanente. Por ejemplo, con el artículo de Míguez sobre “Cumbia villera” estoy tajantemente en desacuerdo. No obstante, esto significa producción y demuestra que la agenda está volviendo a ser discutida. Para la introducción del último libro tomé la introducción del artículo de *Tram(p)as* y la reescribí⁴. Conservé la estructura, porque creo que sigue siendo un texto válido, pero volví a discutir todas las proposiciones.

O.T.: ¿Por una cuestión tuya o del campo?

P.A.: Creo que muchas cosas tienen validez. Por ejemplo, la idea de que el pueblo no

existe: no es una categoría sociológica. Lo cierto es que estoy más subalternista. A partir de 2004 me puse a leer toda la literatura de los estudios subalternos, de los estudios poscoloniales y desde entonces estoy insistiendo mucho más en esta categoría, pero sin que popular haya perdido potencia. Y eso aparece en *Resistencias...* Por ejemplo, el anteúltimo texto es un trabajo que escribimos con Valeria Añón sobre la relación entre lo popular y lo subalterno. Por eso diría que ahora **hablo de cultura popular en clave subalterna**. Entonces sí, aclaro que hay esas novedades.

O.T.: ¿De ese modo se solucionaría la cuestión de cómo nombrar hoy al espacio de lo dominado?

P.A.: No. Seguimos sin solucionar nada, pero al menos nos da mucha más riqueza. Especialmente, lo que hacemos en el texto es discutir la variante latinoamericana de estudios subalternos, porque creo que se transforma en pura retórica. Convierte lo que es un problema epistemológico, político y empírico en un problema retórico. Si todo se soluciona usando la palabra subalterno estamos fritos. Es decir, no es sólo un problema de cómo nombrar, sino lo que eso implica en términos epistemológicos, políticos y empíricos.

O.T.: ¿A quiénes narran hoy los dominadores, los letrados? ¿A los violentos?

1 Bourdieu, Pierre. *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, Siglo veintiuno, Buenos Aires, 2008.

2 Alabarces, Pablo. “La leyenda continúa”, en *Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura* N° 23, Año 3, Ediciones de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, La Plata, marzo de 2004.

3 Semán, Pablo. *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Gorla, Buenos Aires, 2006. Semán Pablo y Daniel Míguez. *Entre santos, cumbias y piquetes*, Biblos, Buenos Aires, 2006.

4 Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela. *Resistencias y Mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Paidós, Buenos Aires, 2008.

P.A.: Narran muchas cosas. Lo que sucede es que hay más trabajos sobre violencia y son muy buenos. Producciones como las de Daniel Míguez, Gabriel Kessler, Alejandro Isla o José Garriga Zucal son muy buenas. Creo que hay una atención muy inteligente al problema de la violencia, mucho más aguda. Los letrados están leyendo el problema de la violencia de una manera no etnocéntrica, más democrática y mucho más inteligente. El problema es que todo esto contrasta con un relato de los medios y de la política que pone en escena una voz ordinaria, ¡y cada vez son más fascistas!

O.T.: ¿Hay intenciones discursivas de volver a poner lo político como conflicto, como debate?

P.A.: En aquel artículo yo señalaba lo que me parecía en el 2001/2002, lo que puede ser leído como una repolitización del debate público, de la escena cotidiana. En eso sí creo que hay una buena señal. Lo que aterra es la mediocridad de ese debate. Si los portavoces más notorios del debate político son los referentes de la clase política argentina, de la clase dirigente argentina, estamos en problemas. Igualmente, hay una revalorización de lo político que resulta muy interesante. En ese sentido, creo que la academia está un poco más despolitizada que en 2002. Cuando escribí ese texto estábamos en un momento de gran efervescencia política/acadé-

mica. La sociología y la antropología habían salido a estudiar asambleas y piquetes como si en eso les fuera la vida, como si de esa forma lavaran cierta mala conciencia por no haber sabido ubicarse frente al menemismo de otra manera. Hoy, en cambio, hay cierto declive de la intervención. “Carta Abierta” es una buena señal; es un lugar de divergencia, pero la movilización intelectual es un punto de acuerdo⁵. No estoy con ellos, pero creo que puede servir. De todos modos, considero que falta mucho, que hay que hacer intervenciones más activas, incluso diría mucho más “salvajes”.

O.T.: Y en los medios, como primer punto de análisis, ¿ves alguna experiencia subalterna o rasgo de subalternidad?

P.A.: Todavía no hay nada que me mueva, pero como siempre uno corre riesgos. Yo trabajo con el *mainstream*, con lo más visible; me muevo con la televisión media, con la televisión de cable; no veo ni leo medios alternativos y los *blogs* me superan. La verdad es que todavía no tengo claro esos fenómenos, pero tampoco nunca fui muy receptivo de los medios alternativos; lo que no habla mal de los medios alternativos, sino de mí. Pero si nos referimos al *mainstream*, a lo que ve el común de los espectadores, ¡es un espanto! Los programas periodísticos son catastróficos, sus coberturas son espantosas y muy poco democráticas. Las ficciones también están

dominadas por el mismo movimiento. Ahora bien, es muy posible que en este momento estén ocurriendo cosas por fuera de ese *mainstream* que sacudan el avispero, no lo niego. Recuerdo que en uno de los artículos de *Resistencias...*, al referirme a la música popular y a la resistencia cultural, yo afirmaba: “El rock argentino es conservador estéticamente”. Entonces, María Graciela Rodríguez me dijo: “¡No, no podés decir eso! En cualquier garage puede haber en este momento una banda que te esté dando vuelta la cabeza”.

O.T.: ¿Te referís a que pueden existir deseos de resistencia?

P.A.: Claro, lo que digo es que en este momento pueden estar surgiendo, en centros urbanos o en barrios de las grandes ciudades argentinas, que siguen teniendo intensos movimientos culturales, fenómenos que todavía no he leído. Y eso, insisto, no habla mal de ellos, sino de mí. Ahora, si me quedo con esa escena hegemónica, ¡el panorama es un espanto! Es un escenario chato, conservador, discriminador, estigmatizador, racista y profundamente mediocre.

O.T.: Y como posible alternativa, ¿considerás que “Bombita Rodríguez”⁶ es un ejemplo de la exacerbación de la parodia, de ese deseo de resistencia, y por lo tanto, una ausencia?

P.A.: Bombita Rodríguez me tiene absolutamente loco, me fascina. Creo que lo que Bombita está planteando es, justamente, un lector de lo posible. Inclusive, al interior del propio *mainstream*, en la televisión abierta, aunque sea pública, pueden aparecer: renovación estética, audacia, crítica, humor y parodia. Y no la parodia autocomplaciente a la

5 N. del E: En su sitio oficial, <www.cartaabierta.org.ar>, Carta Abierta se define como “un espacio no partidario ni confesional conformado por personas de la cultura, la educación, el periodismo, las ciencias, el cine, las artes, la poesía y la literatura, entre otras disciplinas. Surgió en marzo de 2008, en defensa del gobierno democrático amenazado por el conflicto suscitado por las patronales agropecuarias y distinguiéndose siempre por la preservación de la libertad de crítica”.

6 Personaje interpretado por el actor Diego Capusotto en “Peter Capusotto y sus videos”, programa humorístico basado en el rock y emitido por Canal 7, la Televisión Pública, durante 2008.

que recurren ciertos programas de televisión. Por eso, me parece una señal fantástica. En la conjunción de inteligencia, creatividad, humor y autonomía de producción puede haber mucha potencia. Uno podría decir: “Una golondrina no hace verano” pero sin embargo creo, que es una buena línea. Es algo en lo que no he insistido tanto por escrito como debiera. Es más, ahora estoy trabajando en esa insistencia del humor como herramienta de combate. Creo que es un error de la academia. A la academia le falta humor y considero que el humor es una herramienta fantástica para la crítica, para la creatividad. En ese sentido, “Bombita” le da muchos elementos para trabajar.

O.T.: Que genera otro tipo de estrategia en... ¿Cómo los nombramos?, ¿receptores?, ¿consumidores?

P.A.: A esa palabra habría que empezar a borrarla del vocabulario académico. Siguen siendo públicos. La otra cosa que hay que desterrar es “gente”. Esa palabra ha hecho estragos, tanto en la academia como en el discurso público. Creo que hay que pensar muy seriamente en estas categorías, en cómo volvemos a construir categorías para pensar nuestros sujetos.

O.T.: Continuar con la categoría consumidor sería ir “de la mano” de los embates neoconservadores...

P.A.: Absolutamente. Lo voy a decir de manera muy grosera: creo que hace falta un buen ensayo que se titule “Para acabar de una vez por todas con García Canclini y la herencia del canclinismo”. No sé quién lo va a escribir. Personalmente, no lo tengo entre mis planes inmediatos, pero creo que la obra de Canclini clausuró más de lo que abrió y

que algunas ideas, como los consumidores “autónomos y libres” hicieron mucho daño.

O.T.: ¿Y por qué en el campo de la comunicación lo seguimos retomando?

P.A.: Las bibliografías son muy cómodas, muy prácticas, por eso hay cierto foco bibliográfico estabilizado. Por ejemplo, al dar clases en varios lugares del interior se observa que hay ciertos cuerpos bibliográficos que han quedado fijados en los programas de todas las materias, lo que se traduce en la queja habitual de los alumnos sobre las repeticiones. Haber estabilizado un cierto corpus resulta cómodo y genera tranquilidad, especialmente después de la inestabilidad teórica que vino con el posmodernismo. Lo que sucede es que hemos vivido transformaciones culturales tan agudas que tenemos que **repensarlo todo**. Personalmente, todavía estoy saliendo de este proceso. Y creo que sería muy bueno para las academias repensar absolutamente todo. ¿Hay señales? Sí, y tienen que ver, entre otras cosas, con el recambio generacional, que es concreto y real, incluso biológicamente. La muerte de Casullo, por ejemplo, es una señal⁷. Pero esto es grave, porque todavía no se ha hecho una buena discusión, un buen balance con la generación de nuestros mayores y ya estamos obligados a reemplazarlos por razones biológicas.... Nuestra academia todavía no terminó de solucionar adecuadamente la brecha generacional que significó la dictadura y es muy notorio. Yo me formé con personas que tenían casi 30 años más que yo; en cambio, trabajo con gente que tiene 10 años menos. Es el orden lógico de las cosas e, inevitable-

mente, tiene que llegar. Por eso es posible que estemos asistiendo al recambio generacional en el campo, lo que tal vez nos permita un poco más de libertad para la discusión bibliográfica y teórica.

O.T.: Retomando a Alberto Cirese y la condición de alternidad, ¿la ves en algún espacio?

P.A.: La tradición en la que me formé se empeñaba en ver las fisuras, los lugares de insurrección. De ahí pasé a un momento intensamente pesimista, pero yo no soy pesimista, en realidad soy un gran gramsciano: un pesimista de la inteligencia y un optimista de la voluntad, de la experiencia. Y sí, creo que hay muchos espacios donde ver eso. Por ejemplo, la contradicción fantástica que hay en el rock (un rock cada vez más conservador) en el que, sin embargo, sus públicos se creen cada vez más insurrectos. Me parece genial. Me gustaría mucho más públicos insurrectos en un contexto de insurrección estética y también política. Pero esa perseverancia y tenacidad de los públicos juveniles en pensarse como distintos e insubordinados me parece una buena señal. Hace poco, en una reunión político-académica Ricardo Sidicaro hablaba sobre los estudiantes actuales, los hijos de 2001, que están gestados en esta postura insurrecta en un momento en el cual parecía que había caído todo principio de autoridad, norma y estructura. Ésa también es una buena señal. Hay un viejo chiste, muy famoso en las ciencias sociales latinoamericanas, de un tipo al que lo encuentran tirado en el piso buscando algo y le dicen:

7 N. del E: El escritor, ensayista e intelectual Nicolás Casullo falleció el 9 de octubre de 2008, a los 64 años.

- ¿Qué está buscando?
- Los anteojos.
- ¿Se le cayeron acá?
- No, pero busco acá porque hay luz.

Esa idea de buscar donde hay luz, tiene que ver con la idea de que uno tiene que buscar donde hay oscuridad.

O.T.: Para poner la luz...

P.A.: Sí, la luz la pone el entendimiento, la buena teoría, el entrenamiento y la buena oreja. Hay una metáfora muy linda que utilizó uno de los jóvenes que trabaja conmigo, Mauro Vázquez, al trabajar con una mezcla de subalternidades fantástica: "mujeres, piqueteras y bolivianas", una triple articulación de lo subalterno. En un momento de su investigación él dijo: "A estas mujeres la resistencia hay que escuchárselas en el silencio". Y uno piensa: "¡Caramba, hace falta entrenamiento para escuchar en el silencio!". Pero es cierto, hay que saber escuchar en el silencio. De golpe, hay que buscar esa resistencia en un lugar donde normalmente jamás la hubiéramos buscado. Eso me parece una buena innovación.

O.T.: En la relación Estado-Sociedad civil, fuera de los medios, ¿dónde ves alguna experiencia subalterna?

P.A.: A eso deben dedicarse los antropólogos y los que se especializan en medios alternativos. Por ejemplo, creo que se han dicho muchas porquerías sobre Internet y que, sin embargo, no se ha explorado lo suficiente. Aspectos como qué está pasando con la construcción de textualidades muy "locas",

muy irreverentes, muy novedosas, un poco más democráticas, pero también el hecho de que inevitablemente la fantasía "internetiana" choca con la brecha digital. Hace poco leí una tesis sobre el uso de la TICs en las organizaciones piqueteras y creo que por ahí hay una línea para atender. No es la investigación que yo voy hacer, pero es la que me gustaría leer. Hay que estar alerta, porque atravesamos un momento en el que la explosión de becas y posgrados hace que haya mucha investigación y muy variada. El pánico a repetir temáticas lleva a sus responsables a ser muy creativos en la búsqueda de objetos y considero que ése es un aspecto a leer muy atentamente.

O.T.: ¿Cuáles serían los costos concretos de no abordar lo popular?

P.A.: En términos muy amplios, inclusive hasta morales, el costo es que **nuestras sociedades seguirán, persistentemente, siendo poco democráticas**. En última instancia, es lo que dijo Hall en 1981: "Si no fuera porque el terreno de la cultura popular es un escenario de la lucha por la hegemonía, a mí la cultura popular me importa un pito". La única posibilidad de pensar realmente en sociedades más democráticas pasa por volver a prestar atención a la dimensión de lo subalterno. De lo contrario, seguiremos construyendo democracias etnocéntricas. Es decir, la relación costo-beneficio está dada, nada más y nada menos, que por la posibilidad de construir sociedades más democráticas; de lo contrario, sólo vamos a tener sociedades más elegantes.

Esto me recuerda una frase que usaba Eduardo Grüner en referencia a cierto "populismo" de los estudios culturales: "Eran estudios más sofisticados, pero cada vez menos populares". Entonces sí, ganaremos en sofisticación, pero habría una falsa opción. Dedicarse a estudiar lo subalterno no significa perder sofisticación: hace falta ser muy sofisticado para entender adecuadamente la problematicidad de lo político que tienen los estudios sobre la subalternidad. Pero si no lo hiciéramos ganaríamos sofisticación, elegancia y etnocentrismo. En este caso, pues, los costos son más duros.

O.T.: El abordaje de lo subalterno tiene correlatividad con el abordaje de los dominadores...

P.A.: En realidad, no hay estudios sobre la subalternidad que no sean a la vez estudios sobre aquello que lo subalterniza. Uno de los mejores trabajos sobre la cuestión de las culturas populares, *Lo culto y lo popular* de Claude Grignon y Jean Claude Passeron, ya tiene veinte años⁸. Allí, ellos dicen dos cosas: que la dominación genera efectos sobre lo dominante y sobre lo dominado y que no podemos estudiar las culturas populares aisladas porque eso significa transformarlas en culturas-naturaleza. Entonces, hay que darse los medios para reponer eso en el continuo de la cultura. Utilizando un ejemplo muy grosero: uno no puede pensar la cumbia villera sin pensar qué ha pasado con la música de vanguardia en la Argentina. Lo popular no tiene que ser pensado solamente en aquello que lo distingue, sino respecto de lo cual se distingue, por qué se distingue y cómo ha sido distinguido. Si no se tiene en la cabeza el mapa completo de la cultura se pierden las relaciones de poder que la estructuran. Y sin

⁸ *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991 (1989).

esas relaciones de poder toda pregunta por lo subalterno es una pregunta *elegante*, una pregunta elitista que delata el poder simbólico del que la hace, pero nunca una pregunta democrática.

O.T.: ¿Por qué no podemos despegarnos de la idea de que, en definitiva, el problema del campo de la comunicación son los medios?

P.A.: Porque son demasiado notorios, están demasiado a la vista. Las carreras de comunicación se habían olvidado un poco de los medios y recién ahora hay una cierta recuperación de la problemática. Estamos construyendo campos más estables, más sólidos, pero es cuestión de tiempo. Una prueba de esto es que los graduados de comunicación doctorados son tan pocos que los podemos enumerar. Por eso sostengo que es una cuestión de tiempo, porque los campos se van construyendo de a poco. Sobre los medios, creo que tenemos que recuperarlos como eje del análisis pero, al mismo tiempo, superarlos como único problema de análisis. Tenemos que volver a ser mediocéntricos, pero no podemos caer en la trampa del medio-centrismo. Debemos hacer todo eso al mismo tiempo.

Por Juan Bautista Branz. Docente de la cátedra “Comunicación y Recepción”, de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Doctorando en Comunicación (FPyCS-UNLP) y Becario de investigación de la Comisión de Investigaciones Científicas de la provincia de Buenos Aires (CIC).